



La salvación está presente

Carta del Abad General OCist para la Pascua 2020

Queridos:

Como la emergencia creada por la epidemia de coronavirus persiste y se agrava para muchos, me parece bien acercarme a vosotros con una segunda Carta, para seguir intercambiando con vosotros una palabra que aumente la comunión, y también para profundizar en el significado que esta circunstancia puede tener para todos nosotros a la luz de la próxima Pascua. Cuanto más profundicemos en el significado y el mensaje de la experiencia que estamos viviendo, más la reanudación de la llamada vida "normal" será un "avance mar adentro, en aguas profundas" (cf. Lc 5,4) y no sólo un estéril, probablemente imposible, retorno a cómo estábamos antes. Porque no es cierto que antes de la epidemia estuviéramos bien, inmersos en una cultura y en una organización económica y social en la que los deseos se creaban a menudo por la codicia de unos pocos y no por la naturaleza de nuestro corazón o la necesidad de los más pobres.

El horizonte del desierto

La situación que estamos experimentando me parece cada vez más como una marcha en el desierto. En el desierto, como en medio del mar, el horizonte no está definido. En el desierto uno no puede orientarse mirando el horizonte, lo que a menudo se convierte en un espejismo. Hasta hace unos meses o semanas, parecía como si el horizonte que planeamos dirigiera nuestro camino, o más bien nuestra

carrera. Nos parecía que estábamos asegurando el progreso porque todo estaba ya establecido, fijado, programado. Ahora este horizonte se ha convertido en un espejismo, una falsa promesa. ¿Y qué? ¿Cómo podemos seguir caminando? ¿Y qué dirección podemos tomar?

En este tiempo de Cuaresma la liturgia nos recuerda a menudo la travesía del desierto por el pueblo de Israel. Dios dejó a los israelitas vagar durante cuarenta años por el desierto para educarlos a entrar en la Tierra prometida. Así, el pueblo ha aprendido a dejarse guiar, no escudriñando el horizonte, sino prestando atención a la presencia de Dios. El camino del pueblo fue guiado por la nube que mostraba la constante presencia de Dios y su voluntad. "Cuando se levantaba la Nube de encima de la Tienda, los hijos de Israel se ponían en marcha, y donde se paraba la Nube, allí acampaban. (...) Si, en cambio, se detenía sobre la Morada dos días, o un mes, o más, reposando sobre ella, los hijos de Israel se quedaban en el campamento y no se ponían en marcha; pero en cuanto se elevaba, se ponían en marcha". (Nm 9,17.22)

Todo el camino del pueblo de Israel estaba orientado a la presencia de Dios, no a lo que veían o imaginaban en el horizonte.

Todos nos preguntamos: ¿Cuánto tiempo durará la epidemia? ¿Cuánto tiempo tendremos que estar encerrados en nuestras casas? ¿Cuándo podremos volver a la vida normal? Estas son preguntas legítimas y comprensibles, pero no deben distraernos de la verdadera pregunta que siempre debemos hacernos, incluso cuando no hay epidemia: ¿Nos dejamos guiar por la presencia de Dios?

Dios con nosotros

Dios no nos da instrucciones sin acompañarnos. Dios siempre ha caminado con su pueblo. En Cristo, el Emmanuel, Dios-con-nosotros, el camino a seguir es el mismo Dios que camina con nosotros, que podemos seguir siempre. Jesucristo, "Camino, Verdad y Vida" (Jn 14,6), es el verdadero horizonte que guía nuestros pasos en la travesía del desierto de nuestra existencia. Cuando, como ahora, nos sentimos desorientados, no debemos entonces escudriñar el horizonte, mirar a lo lejos, sino volver a darnos cuenta, o quién sabe si por primera vez, que Jesús está cerca, que está con nosotros, nos mira y nos muestra el camino diciendo: "¡Quédate conmigo! ¡Sígueme!"

El Papa Francisco lo recordó con intensidad el 27 de marzo, durante el momento extraordinario de oración en la Plaza de San Pedro: este es "el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás". Y añadió: "No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere."

Si tenemos que concentrarnos en una cosa, incluso en medio de tantas preocupaciones y temores, es precisamente la presencia de Cristo con nosotros, aquí y ahora, en el barco tormentoso o en medio del espacio sin horizonte del desierto que tenemos que cruzar.

Cristo reconocido en medio de nosotros, transforma todo espacio hostil en un camino con él, con él que es el sentido y la plenitud de la vida. La muerte es también el camino a la plenitud de la vida, el camino al Padre, si la vivimos con Jesús. San Pablo resumió este anuncio escribiendo a los Tesalonicenses: "Murió por nosotros porque, ya sea que velemos o durmamos, vivamos junto a él" (1 Ts 5,10).

Esta es la proclamación de la Pascua, la presencia viva del Resucitado en nuestras vidas, en todas las circunstancias. El Papa nos lo recordó todavía el 27 de marzo: "En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado."

Jesús murió en la Cruz para estar vivo junto a nosotros, para darnos el don de vivir junto a Él; más todavía: para abrazarlo, como el Papa Francisco nos invita de nuevo: "Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza."

Abrazando la salvación

Viviremos la Semana Santa y la celebración de la Pascua en la misma situación en la que nos encontramos y el mundo ha estado durante unas semanas. La Iglesia nos invita a vivirlas como una oportunidad ofrecida a todos para centrarse en lo esencial: el Misterio está presente, es el Hijo de Dios que murió y resucitó por nosotros. La salvación está presente, y es una Persona que "vive a nuestro lado" y a la que podemos abrazar, abrazando así en Él la Vida que vence a la muerte y la Misericordia que vence al pecado. En Él es vencida también toda distancia que nos separa de Dios y de nuestros hermanos, incluso aquella tan dramática y dolorosa de todos aquellos que en estos días sufren y mueren sin la presencia física de sus seres queridos.

En Cristo se nos da una cercanía espiritual de unos con otros que tiene la absoluta consistencia de la presencia de Dios, del amor de Dios. Nada es más real que la presencia de Dios, aunque para nosotros sea una presencia misteriosa porque estamos inmersos en ella, como anunció Pablo a los atenienses: "En él vivimos, nos movemos y existimos" (Hechos 17,28). Pero justo cuando Pablo explica que esta presencia es el Jesús Resucitado, los atenienses se burlan de él y dejan de escucharlo. Su vida no era lo suficientemente dramática como para que se dejaran alcanzar por una propuesta de salvación real. Quizás muchos de nosotros también escuchamos la proclamación de la Pascua con superficialidad, como si la verdadera salvación de nuestras vidas y del mundo entero no dependiera de ello.

Para San Pablo esta proclamación no era una teoría: era la comunicación de una verdadera familiaridad con Jesús resucitado, con aquel que poco después en Corinto, en medio de la noche, le dijo: "No temas, sigue hablando y no te calles, pues yo estoy contigo, y nadie te pondrá la mano encima para hacerte daño" (Hch 18,9-10), o que, cuando estaba preso en Jerusalén, en la noche «se le presentó y le dijo: "¡Ánimo! Lo mismo que has dado testimonio en Jerusalén de lo que a mí se refiere, tienes que darlo en Roma"» (Hch 23,11).

La cercanía familiar del Resucitado es un regalo; es Él quien se entrega a nosotros, quien vive para esto, para estar con nosotros en amistad. Esta es la invencible salvación de nuestra vida, y esto es lo que estamos llamados a dar testimonio. ¿Cómo? En primer lugar, viviéndolo, correspondiendo a esta intimidad de Dios con nosotros. La vida de los amigos de Cristo se convierte en un signo seguro y convincente de su presencia que salva al mundo.

La huella del eterno

Este año conmemoramos el 400 aniversario de la muerte de la Venerable Verónica Laparelli, monja y mística del monasterio cisterciense de la Santísima Trinidad de Cortona. Lo que llama la atención en los místicos es que la esencia de su extraordinario carisma es, después de todo, manifestar lo presente y familiar que puede ser Jesús en una vida humana ordinaria. Los testimonios de las monjas que vivieron con la Venerable Verónica describen cómo su vida, sus gestos, toda su persona, se había convertido, por así decirlo, en el "molde" visible de una Presencia invisible. Por ejemplo, cuando Nuestra Señora le dio al Niño Jesús para que lo tomara en sus brazos, las monjas vieron el contorno del cuerpo del Niño en su vestimenta. O, como testificó su Abadesa, la vieron "hablando con el dulce Jesús y pasando paso a paso por el Oratorio, haciendo argumentos agradecidos, mostrando gran alegría en su rostro, pero con modestia, como se hace cuando se habla con un gran Personaje". No era una ficción, sino el extraordinario testimonio de su familiaridad con Cristo. Los que la rodeaban no veían a Jesús sino la belleza de su amistad sponsal, prueba clara y convincente de la presencia de Cristo.

Dios da estos carismas místicos para recordarnos que a todos los bautizados el Espíritu Santo quiere ofrecerles la extraordinaria experiencia en la vida ordinaria de poder permanecer y conversar con Cristo el Señor. Y esta relación es la presente salvación que supera el pecado y la muerte.

Como dijo el Papa: "Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza." (27 de marzo de 2020)

El abrazo es un gesto de amistad, de familiaridad. El abrazo es simbólicamente un intercambio de corazones, un poner el propio corazón en contacto con el corazón del otro, para comunicar lo más íntimo y precioso de cada uno. El abrazo no toma, sino que da y acoge. Tal vez por eso, en el Evangelio, vemos a Jesús abrazando sólo a los niños: quiso dejar una imagen de un abrazo gratuito, en la pura alegría de intercambiarse amor. Y nos pidió que nos hiciéramos como niños para acoger el Reino como ellos (cf. Mc 10,15-16). El Reino de Dios es el abrazo de Cristo.

En estas semanas, la mayoría de los fieles deben renunciar a la comunión sacramental y son invitados a la comunión espiritual. No debemos olvidar que la comunión espiritual con Jesús no es tanto la alternativa a la comunión sacramental como su fruto. Deberíamos vivir siempre y en todas partes la comunión espiritual con Cristo, la familiaridad con Él, porque por eso se nos da la Eucaristía y todos los sacramentos.

Esto está bien expresado por un autor cisterciense del siglo XII, Guillermo de Saint-Thierry: "Si quieres, y si lo quieres realmente, a cada hora del día y de la noche, [la sustancia del sacramento eucarístico] está a tu disposición (...). Siempre que, en memoria de aquel que sufrió por ti, dejas que tu alma se impregne de este acontecimiento con toda tu piedad y fe, comes su Cuerpo y bebes su Sangre; y mientras permanezcas en él con amor y él, por su santidad y justicia, en ti permanezca, eres tenidos como parte de su Cuerpo y como uno de sus miembros." (*Carta de oro*, § 119)

La huella de la caridad

"Parte de su Cuerpo y como uno de sus miembros." Guillermo nos recuerda que, si el fruto del sacramento es la comunión constante con Cristo, el fruto de la verdadera comunión con Cristo es siempre la comunión fraterna, la conciencia de ser todos miembros de su Cuerpo. Esta comunión es universal, nos une a toda la humanidad, porque el Hijo de Dios murió y resucitó para todos. Cristo murió y resucitó para reunir a toda la humanidad en la comunidad de los redimidos, los miembros de su glorioso Cuerpo fraternalmente unidos en amor filial hacia el Padre. Desde la Cruz y el Cielo, el Señor atrae a todos a esto: "Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12,32).

Nada entonces impresiona y manifiesta tanto en nosotros la presencia real del Resucitado como permitir que la necesidad de los demás cambie la forma de nuestra persona, de nuestra vida, de nuestro tiempo, de todo lo que somos o tenemos. Quien da su vida al prójimo se convierte en huella de Cristo en el mundo, manifiesta su presencia salvadora.

Cada uno de nosotros está llamado en este tiempo y a lo largo de toda su vida a encarnar la forma de Cristo según la riqueza múltiple de su total entrega a todos. Cada miembro de su Cuerpo está llamado a expresar la caridad única e infinita de Dios en la inagotable variedad de carismas, vocaciones, así como de la necesidad que encontramos.

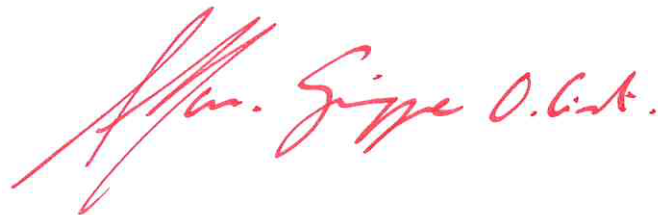
Este misterio me fue recordado particularmente por el mensaje de un enfermero del norte de Italia, con el significativo nombre de Emanuele, que en las últimas semanas ha estado trabajando y dándose a sí mismo en el frente más avanzado del cuidado de los pacientes con coronavirus. Él da voz a muchos otros trabajadores de la salud que piden la ayuda de nuestra oración y la ofrenda de nuestra vida, así como también al grito silencioso de todos los enfermos, y de sus seres queridos en su angustia.

"¡Mi trabajo siempre se ha basado en los firmes fundamentos de la oración, vivida como una misión para con Aquél que vive en el último, en quién sufre, y hoy en el paciente en crisis respiratoria a causa de Covid-19, que está poniendo en una dura prueba a toda Italia!

Estoy seguro de que la oración de vuestra parte es constante y agradable a Dios, pero me permito molestaros para pedir os una cercanía espiritual en la oración.

¡Os pido que seáis nuestros Aarones que nos levantan nuestros brazos cuando estamos cansados y desconfiados, que estéis preparados desde vuestros monasterios para secar nuestras lágrimas cada vez que pensemos que sucumbimos, para consolar a los que nos esperan en casa sin saber ni cómo estamos ni lo que realmente viven nuestros ojos y nuestros corazones! Las personas mueren solas sin sus seres queridos cerca de ellas, pero mueren envueltas en el amor de Dios en nuestros pabellones, que ya no tienen ni espacio ni tiempo, salas, pasillos desprovistos de color; ¡pero a pesar del caos y el miedo que también afecta a cada uno de nosotros, llenos de corazones que luchan a cada hora, a cada momento para dar vida a los que parecen no tenerla ya! ¡Sed nuestra fuerza en el Santo Rosario, sed nuestro oxígeno en la lectura de la Palabra y en la oración del Oficio Divino! ¡Sed la resurrección al cielo para nuestros pacientes durante la fracción del pan, donde Cristo se manifiesta vivo para cada hijo que anhela Su Fuente de Salvación!"

Queridos, ¡entremos en la Semana Santa y en la alegría invencible de la Pascua aceptando esta llamada a ser miembros vivos del Cuerpo del Resucitado, recordando siempre que la vida del Cuerpo de Cristo es la caridad!



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist